

Con palabras, gestos y cantos la liturgia unifica a la asamblea

Kathy Kuczka

Mientras preparábamos las celebraciones de la Semana Santa, un colega dijo: “Creo que la liturgia del Viernes Santo es monótona; quiero decir, ¿cuántas veces hay que cantar ‘Jesús, acuérdate de mí’? Esa misma semana, un feligrés me dijo: “Ya quiero que sea Viernes Santo. ¡Esa es mi celebración favorita! ¡Podría cantar ‘Jesús, acuérdate de mí’ toda la noche!”.

A veces, he salido de misa menos que satisfecha por la predicación, sólo para escuchar a alguien exclamar al sacerdote o al diácono: “Gracias. Las palabras de su homilía eran exactamente lo que necesitaba escuchar hoy”.

Resulta claro que no todos los católicos piensan igual. Las palabras, la música, los símbolos y los ritos se perciben de varias maneras. Esto se debe a que cada parroquia incluye un amplio espectro de la familia humana: varones, mujeres, niños, adolescentes, solteros, casados, migrantes, demócratas, republicanos, ciudadanos e indocumentados, unos adinerados y otros que viven al día. Con nuestras diferencias y a pesar del afecto de nuestra cultura por las libertades individuales, la liturgia convoca a cada fiel a dejar de lado su propio yo para formar una comunidad. Como dice la *Institución General del Misal Romano*:

Eviten [los fieles], por consiguiente, toda apariencia de singularidad o de división, teniendo presente que es uno el Padre común que tienen en el cielo y, que todos, por consiguiente, son hermanos entre sí (IGMR, 95)

Desde el inicio de nuestra celebración, estamos siendo conformados como un solo cuerpo en Cristo. Al entrar a la iglesia, nos convertimos en parte de una obra que está en progreso: nos reunimos como pueblo santo de Dios, mojam los dedos en la fuente y nos persignamos, en recuerdo de nuestro bautismo común.

A la procesión de entrada, los reunidos se ponen de pie y elevan su voz en un solo canto. Durante la celebración, los fieles son uno en posturas, gestos y oraciones comunes que llaman a la unidad. Esta unidad es evidente, por ejemplo, en este prefacio: “...con todas las potestades del cielo / y con toda la Iglesia, te aclamamos en la tierra, / diciendo a una sola voz” (MR, Prefacio *Para diversas circunstancias I*).

Cantar juntos es una forma principal en que una asamblea de individuos se convierte en un solo cuerpo. Durante el canto, las defensas se derrumban y las personas se vuelven vulnerables. Con la vulnerabilidad crece la empatía con nues-



Cuando la voz de los fieles se eleva en el canto de entrada, las divisiones quedan a un lado.

tras hermanas y hermanos en Cristo. Por esto la Iglesia llama a la asamblea a cantar juntos al comienzo y durante toda la misa. Como dice *Cantemos al Señor*:

“Dado que los fieles se reúnen en la Eucaristía como si fueran uno, es apropiado que canten siempre por lo menos una pieza en los ritos iniciales, —el canto de entrada, el Kyrie, o el *Gloria*— aparte de los diálogos cantados de la liturgia” (140).

La unidad expresada en la liturgia nos fortalece para ir más allá de nuestras carencias hasta las necesidades de nuestros hermanos y hermanas en Cristo. La próxima vez que usted entone el canto que menos le gusta en la misa o piense que algún elemento de la liturgia fue demasiado seco, largo, aburrido, repetitivo, o... (dígalos usted), regocíjese y confíe en que el Espíritu está trabajando en lo que más necesitamos: crear unidad.

Texto de Kathy Kuczka, autora de *Connecting the Liturgy with Our Lives: Print and Digital Resources for Faith Formation* (LTP, 2019). Foto © John Zich. Traducción de Ricardo López. © 2023 Arquidiócesis de Chicago: Liturgy Training Publications, 3949 South Racine, Avenue, Chicago, IL 60609; 800-933-1800; www.LTP.org. *Pastoral Liturgy** magacín, mayo/junio 2023, www.PastoralLiturgy.org.

Puede reproducir esta página para uso personal o parroquial. El aviso de copyright debe aparecer en lo impreso. Descárguela de <http://www.pastoralliturgy.org/resources/Conpalabras.pdf>